





# LA MEJOR VENGANZA

(Conclusion)

España ardía entonces en los horrores de la guerra civil, y deseando poner término á una vida que me era odiosa, corrí á las filas del Pretendiente, afiliándome de simple voluntario.

Siempre era mi puesto el sitio de mayor peligro: buscaba la muerte, y siempre corría anheloso á su encuentro sin arredrarme el riesgo, pero la fatalidad me perseguía, y jamás la hallé. Mil veces vitado mi nombre como el de un valiente, y paso á paso fui ganando mis grados hasta el de capitán, cuando el abrazo de Vergara puso término á la lucha. Ni quise convenirme ni penetrar en Francia. Me procuré ropas de paisano y me dirigí á mi pueblo, donde adquirí la triste certidumbre de que Clara y su novio habían muerto á consecuencia de mis certeras heridas, y desde entonces mi vida es la vida miserable del Judío Errante. Vagando de pueblo en pueblo, alimentándome á veces con raíces, á veces con las limosnas que algún transeunte generoso me arrojaba desde lejos...

Dijo y calló.

Y cosa estraña, Maruja que, horrorizada al escuchar las primeras palabras del desconocido, había sentido una aversión profunda hacia él, sentía ahora su alma conmovida y los generosos impulsos de su corazón la hablaban en su favor; y mas de una vez, fascinada por la palabra sonora y viva y por los negros ojos del forastero, mas de una vez, repito, estuvo á punto de tender su mano al huésped, sino la hubiera contenido el aspecto frío y triste de su esposo.

—Decidme si os place, exclamó Pedro, en cuya voz se notaba una ligera alteración, el pueblo de vuestro nacimiento fué el de X...?

—El de X... fué, dijo atónito el forastero. ¿Conoceis, acaso, la historia? preguntó á su vez.

—Un poco; yo era jornalero en ese pueblo cuando ocurrió tan triste lance, y quizá llegaría hasta mí alterado, pues entre uno y otro relato hay alguna variación.

Imposible sería describir la mirada que el desconocido lanzó á Pedro: tanto podía ser aquello una sentencia de muerte como un juramento de eterna venganza. Pedro, sin embargo, ó no se apercibió de aquella mirada ó demostró el mayor desden, pues ni hizo el menor gesto ni se conmovió ningún músculo de su fisonomía.

El desconocido comprendió que no podía permanecer ni un momento mas en aquella honrada casa, y empuñando su imponente bastón, partió sin dignarse dirigir una despedida á los dueños; pero ya su mente concebía el mas infernal proyecto, pues á su penetrante inteligencia no había pasado desapercibida la turbación de María.

Varios días transcurrieron sin que se volviera á hablar del desconocido, pues aunque María, —natural curiosidad de mujer, — ardía en deseos de preguntar á su marido pormenores y detalles del crimen de X..., como veía guardar á éste la mas absoluta reserva, comprimía sus deseos ante el temor de disgustarlo.

Una mañana en que María estaba sola ocupada en los quehaceres domésticos, en tanto que su marido, según costumbre, acudía á las faenas del campo, vió entrar de pronto al forastero que acercándose á ella la saludó con dulzura: azorada María con tan inesperada visita, vaciló un momento sobre el partido que debía tomar, cuando el desconocido acercándose á ella, le dijo:

—Escuchadme, María, hace tiempo que os amo: vuestra hermosura ha cautivado mi alma y no vivo sino por vos.

—Por Dios, dejadme, huid. Yo no puedo corresponder á vuestro amor. .

—Sí, María, tu puedes y debes corresponderme, porque me amas; yo he sabido leer en tu alma y he sabido sorprender ese secreto que tratas de ocultarte aun á tí misma.

—Marchaos, por Dios!

—No, María, no he de abandonarte, porque te amo con locura, con frenesí, y como sé que me amas, necesito que correspondas á mi pasión. Ven, huyamos.

—No, no, dijo María vacilante.

—Sí, ven. Tu has regenerado mi alma: desde que te he conocido soy otro hombre: la vida nómada y errante que he arrastrado y que tantos encantos tenía para mí, me es ahora aborrecida. Ven conmigo y termina la obra de salvación que has comenzado.

Y fascinándola con su mirada, como la sierpe fascina al incauto pajarillo que va á ser su víctima, se acercó á la pobre joven, que subyugada por el acento de verdad que creía encontrar en las palabras del desconocido, permanecía estática y dominada, la enlazó con sus brazos, buscando ávido su bello rostro para mancharlo con un beso...

María, ya lo hemos dicho, no tenía fuerzas para defenderse: quizás creía que aquella pasión era sincera: quizás creía en la regeneración de aquel ser, incapaz de sentir tan dulces sentimientos y que solo se agitaba por el odio y la venganza: y llena de emoción, hubiera accedido á los ruegos de tan infame seductor, cuando abriéndose la puerta de repente apareció Pedro, empuñando un hacha.

—Lo esperaba, dijo con voz seca.

Indescriptible fué la escena que siguió á esta aparición.

El desconocido saltó sobre su nudoso bastón, aprestándose á la lucha, mientras María, comprendiendo todo el horror del paso que había estado á punto de dar, caía de rodillas sollozando.

—No me estraña verte aquí, dijo Pedro con voz reposada y sonora, pero enérgica, dirigiéndose al forastero; sé quien eres y sé que en tu alma no ha tenido cabida jamás un sentimiento generoso: desde que entraste en esta casa te propusiste traer á ella la desolación y el crimen; pero yo te he vigilado de cerca y he seguido tus pasos, porque sabía que habías destinado á esa mujer para víctima de tu constante odio á la humanidad y al bien. No creas que pudiste engañarme con tu mentirosa historia del otro día. Tu querías seducir á la inocente joven, que puso en tí su cariño, creyéndote un hombre honrado, y solo la mataste cuando la viste cubierta con la égida protectora de un hombre mas digno y mas leal que tú. No, no fueron los celos los que te impulsaron á acometer aquel doble y horrendo crimen, fué la envidia! Pero ha llegado tu última hora, y pues eres una víbora asquerosa, como á ella te voy á aplastar. Asesino de Clara, prepárate á morir!

Y así diciendo elevó sobre su frente el hacha, decidió á arrojarla sobre la cabeza de su enemigo, cuando sintió posarse una mano en su hombro.

Volvió la cara y vió con estrañeza al digno cura de la aldea.

—Vos aquí, padre? exclamó entre iracundo y respetuoso.

—Sí hijo mío: desde que me comunicaste tus recelos, vigilo cuidadosamente esta casa para evitar una desgracia.

Yo vengo á traer á tus labios la palabra *per lon*. A ese ser bajo y rastroso que devuelve mal por bien, déjale mar-



char: el perdón de su miserable vida será el mejor castigo á su mundanal orgullo.

Y señalando con una mano la puerta al desconocido, sujetó con la otra dulcemente á Pedro. El forastero lanzó un rugido, y dirigiendo una mirada de odio á cada uno de los personajes de aquella escena, salió con paso rápido de la estancia.

—En cuanto á ese ángel que desvanecido ves á tus pies, ni un reproche, ni una queja, hijo mío: piensa que para la mujer que ha dudado un momento, que ha vacilado un instante, pero que aun permanece pura, la mejor venganza es el olvido.

NINO.

## LA FERIA DE LAS MUJERES

Pues es el caso que yo, señores, salí un día de casa sin rumbo fijo; digo mal, era una noche. Crucé al azar varias calles de una populosa ciudad en la que me hallaba viviendo, y de repente, y como por arte mágico, me encontré en un lugar, para mí completamente desconocido. Tendí la vista asombrado en derredor mío y pasada la impresion de los primeros momentos, pude ver que el sitio á donde la fortuna me habia llevado, era una plaza extensa, rodeada de palacios, teatros, templos y edificios á cual más suntuosos, y en cuyo centro se confundían, entre las espesas enramadas y bellísimos jardines, con que estaba ornado, hombres y mujeres de todas clases, edades y condiciones. Por las abiertas ventanas de los palacios, se veía el interior, profusamente iluminado, y allí se agitaban al compás del rigodón ó la polka centenares de parejas; otras penetraban, simulando devoción y recogimiento, en el interior de los templos, y en las puertas de los teatros, de los cafés y demás edificios del recinto de la plaza, se atropellaban todos anhelosos de disfrutar las variadas emociones, los múltiples espectáculos que en ellos se ofrecían.

Parado en medio de toda aquella gente, con la mirada errando en torno mío, admiraba yo aquel cuadro para mí desconocido é inesperado, sin acertar á darme cuenta del lugar donde me encontraba, ni de la significación de todo aquello que veía, cuando acertó á pasar por mi lado uno de los que paseaban, y que hacia poco habia yo observado acababa de soltar el brazo de una linda morena. Al verme solo, parado en actitud tan grosera, se acercó el hombre á mí y me preguntó cual era la causa de mi asombro; satisfice al punto su curiosidad y le manifesté el deseo de que hiciera lo mismo con la mía, y asombrado él á su vez al ver mi ignorancia, me dijo:

—¿De dónde has venido, extraño sér, que no conoces la gran ciudad *del mundo*, y no vés en esta plaza, una de sus más bellas, el mercado donde constantemente se ferian esos séres encantadores que por aquí llamamos mujeres?

Como fácilmente podreis figuraros, mi asombro se hizo mayor con semejante respuesta, al conocer el lugar en que me encontraba, y un deseo vehemente de visitar en detalle aquel que llamaban mercado, me hizo suplicar á mi improvisado amigo, me acompañara y explicara los misterios de aquella, para mí, encantada plaza. Accedió gustoso á mi pe-

tición, y haciendo yo ahora abstracción, caros lectores, en obsequio vuestro, de los detalles de nuestro paseo, voy á daros una idea de todo lo que ví, si quiera sea lijeramente.

Aquel era, en efecto, un mercado; yo que, inocente de mí! creía que todos aquellos que bailaban en los suntuosos salones en donde penetré, acompañado de mi *cicerone*, lo hacían únicamente por divertirse, tuve que convencerme al poco rato que su verdadera ocupación era otra. Allí, una que se llamaba mujer de mundo, subastaba á alto precio sus miradas y sus sonrisas entre infinitos adoradores: otra, vieja ridícula, cargada de años, y más aun de cintas y de adornos, platicaba amorosamente con un imberbe pollo, que segun me dijo mi acompañante, cambiaba su juventud por el oro de la vieja; muchas cubrían su fealdad con deslumbrantes joyas, y otras su falta de candor y de inocencia con la máscara de la hipocresía, porque en aquel mercado, como en todos, se manifestaba la tendencia de hacer pasar lo falso por verdadero.

Y lo mismo que en los salones, en los teatros y en las sombrías alamedas del centro de la plaza, se vendían, ya un título honorífico ó un nombre ilustre por un puñado de billetes de Banco; ya una hermosura falsa ó verdadera por montones de oro. Aun en el mismo templo *se comerciaba*, y no tenía reparo la que iba en busca de una buena ganga, en exhibir sus gracias y su coquetería dentro de un recinto tan digno de respeto.

Cansado de ver cuadros repugnantes; deseoso de alejarme de aquel corrompido centro de miserias, fijé mi vista por última vez en aquella danza de locos, (que tal pudiera llamarse á tan extraño cuadro) y observé una pareja que me pareció por sus trazas muy distinta de las demás. Eran dos jóvenes bellos como la creación de un artista; marchaban embebidos en amorosa plática, el uno junto al otro, por el interior de los jardines; todo parecía revelar en ellos el verdadero amor. Pregunté á mi compañero quiénes eran, y recibí por contestación un nuevo desengaño al saber que ella, de origen humilde y pobre por su cuna, vendía en aquel momento su juventud, su hermosura y su honra, á él, vástago ilustre y poderoso de una rica casa.—¿Y la virtud? pregunté yo indignado. La virtud, me dijeron, no se vende en el mercado porque nadie la quiere.

Entonces quise huir; busqué una salida que no encontraba, y aquel que desde el principio me habia ido enseñando todos aquellos cuadros, me arrebató de entre la multitud, y como por encanto, sentime transportado juntamente con él, á un lugar muy distinto. Era una calle estrecha, en cuyo frente se descubría una casa de aspecto modesto, y en cuyo balcón, engalanado, á falta de ricas colgaduras y costosos relieves, con hechiceras y olorosas flores, se encontraba entre ellas una mujer, hermosa como el sueño del poeta, pero no con esa hermosura satánica que deslumbra y fascina, sino con la hermosura tranquila y dulce que admiran los ángeles del Cielo. Sencillamente vestida, se ocupaba en cuidar á las flores sus hermanas y su mirada fija en el azul del firmamento, expresaba fielmente la angelical pureza de su alma.



—Esa es la mujer virtuosa, me dijo entonces mi acompañante, esa es la que no se vende en el mercado, porque su hermosura no agrada, carece de riquezas y de nombre ilustre, y como la virtud no se aprecia, nadie la quiere y pasa aquí su vida sola y olvidada.

Yo escuché apenas estas palabras, corrí hacia aquella encantadora mujer; un *yo te amo* se escapó de mis labios, y.....

Un rayo de sol cayendo sobre mi almohada, me hizo abrir los ojos. Todo había sido un sueño. La ciudad y la plaza del mercado, y, lo que es mas sensible, la calle, no existían y solo me encontraba yo en mi cama con el rostro descompuesto y el pecho agitado, fruto de las emociones pasadas.

Mas apesar de ser un sueño ha dejado recuerdo indeleble en mi alma, que desde entonces ha visto un mercado en el mundo y en él verificarse la *féria de las mujeres*, y tambien desde entonces corro anhelante por él, buscando la mujer virtuosa, no en medio de las fiestas ni de el bullicio, sino en la soledad de su hogar, porque he adquirido el convencimiento de que la verdadera virtud *no se vende en el mercado, no porque nadie la quiere*, como decia mi acompañante en mi imaginario viaje, sino porque ni tiene precio ni hay oro bastante en el mundo para comprarla.

J. M.<sup>a</sup> DE SILVA.

## Á MI HIJA DORMIDA

Duerme luz de mis ojos,  
duerme, hija mia;  
cómo el pecho me late de gozo  
al ver tu sonrisa.

Que bellos son los tonos  
de tus mejillas!  
Es la tinta suave que el cielo  
á la rosa envia;

y el dorado cabello  
que en ondas rizas  
circunvalan tu frente de nácar,  
nube purísima.

Duerme flor de mi alma,  
duerme tranquila,  
que los ángeles velan tu sueño  
y guardan tu vida.

REMO.

1878

## CRÓNICA INDUSTRIAL

Las personas privilegiadas que han tenido la dicha de visitar la Exposicion universal de Paris han quedado sorprendidas por su magnificencia é incomparable atractivo. ¡Cuántas cosas á cual más admirables hay que ver del Trocadero á la Escuela militar!

¿Qué se puede dar más *pasionante* que el Museo retrospectivo, cuyas espléndidas y en su género únicas colecciones no volverán ya sin duda, á ofrecerse reunidas á la admiracion de los aficionados? Allí se ve el arte en la época cuaternaria y el de nuestro tiempo, pudiendo seguir paso á paso su desarrollo entre ambas edades, y ya saben nuestros lectores cuán vasto es el campo

Curiosidades mil encierra además el Trocadero, rivalizando en originalidad y esplendor en sus diversos terrenos, pues sin llegar á la otra orilla del Sena, quedaria cansado el más intrépido andador con solo recorrer la antigua *Place du Roi de Rome*.

¡Cuántas son las personas que por no haber obedecido más que á su curiosidad, sin consultar sus fuerzas, han caido enfermas! Así, pues, apresurámonos á aconsejar á aquellas que puedan temer algun desórden en su organismo que usen, segun los casos, las cápsulas *Thévenot*, ya con sulfato de quinina, ya con alquitran de Noruega *puro*, con éter, aceite de ricino, trementina de Venecia, esencia de trementina, bromuro de alcanfor, esencia de sándalo, etc., etc.

El éxito es seguro, la medicacion fácil, agradable y... barata.

## EN RESERVA

DIÁLOGO MILITAR.

—Hablemos en reserva de tus novios:

¿Qué hay del húsar?—Fué aquello un simulacro: entonces me miraba un ingeniero y otro de un provincial que estaba en cuadro; por esto aquel me dió terribles cargas y la absoluta se ganó, que en tanto le concedí á un amigo subalterno, el empleo inmediato

—Y el alférez aquel de infantería?

—No quiso ser muy fiel á mis banderas, y á un artillero ví cuyas miradas me hicieron comprender la pirotecnia; como siempre afición le tuve al cuerpo le otorgué merecidas recompensas, y se insubordinó despues de darle lecciones de extrategia.

—¿Y el cazador?—Está de imaginaria.

—¿Ascendió?—¡Qué! jamás se ha pronunciado, y mas temor me tiene que á un reducto, si, al pasar, con la vista lo amenazo: aspira á la otra estrella, mas el pobre siempre en sus pretensiones, se ha estrellado: una *cursi* á quien quiso de recluta

logrará reengancharlo.

—Procura que sucumba el enemigo, Valentina, que llegue á tus trincheras; con el leal que á tiro se presente, sin muchas condiciones, parlamenta.

—Si rendir á un teniente no consigo que se aproxima intrépido á la brecha, la *gran cruz* le he de dar á un veterano que tengo en la reserva

UNO.



## LOS TÍMIDOS



—Se puede entrar, prima?

—Siempre, hombre, siempre!



## LAS CARRERAS DE CABALLOS

Sr. D. Manuel Romero.

No me extraña que un hombre como V., cesante hace cuatro años y con cinco hijos, dos de los cuales son hembras, y bastante *cursilistas* por cierto, abomine las carreras de caballos y las encuentre completamente inútiles para el fomento de la cría caballar. Lo mismo le sucederá á V. probablemente con los demás ramos del *sport*.

Crea V. que si no fuera porque los lectores del MÁLAGA, —aun cuando sin participar de sus ideas de V.—pudieran creer que no habia en esta redaccion quien rebatiera sus argumentos, no cogeria la pluma para contestarle, porque, amigo mio, ha dado V. un golpe en vago; y guiado solamente por la dosis de bilis que el régimen *diético* va formando en su pecho, se ha metido V. á escritor, como pudiera haberlo hecho de otra cosa cualquiera.

Pero vamos al caso.

V. solo ha visto en las carreras de caballos un premio otorgado á la mayor ligereza del noble bruto, y aquí es donde se equivoca V. de medio á medio. ¿No significa nada para V. un animal que corre mil quinientos ó dos mil metros, en poco mas de un minuto, con ciento cincuenta ó ciento ochenta libras? Cuando ese animal, inútil para las carreras, y sin embargo, joven y vigoroso, se destine á cualquiera otra faena, no reportará infinitas ventajas sobre cualquiera otro caballo que no reúna sus condiciones?—Cuando se destine á padrear, sus hijos no serán mas útiles que todos los demás caballos?—El caballo que ha corrido una legua con seis arrobas de peso, ¿no podrá servir mucho mejor para cualquier cosa, que el que no haya hecho estas pruebas?

Lo compara V. con el potro cordobés pura sangre, y permítame V. que le diga que no ha estado acertado. El caballo cordobés no es un caballo de fatiga, y solo sirve para paseo y lucimiento por su estampa, y por la educación de que es susceptible; pero ni aun siquiera puede estar enganchado al tiro mas de un par de horas, pues en seguida se cansa y se estropea: por eso ha habido necesidad de cruzarlo.

Otra de las equivocaciones en que incurre V. es la de que los caballos de carrera no sirven para la milicia, y si bien en el rigorismo de la acepción podrá V. estar en lo cierto, puesto que el caballo que ha corrido sería difícil que se amoldara á la escuela militar, en cambio los hijos de los caballos que han corrido son excelentes para este objeto, pues es un error, y un error crasísimo, creer que el caballo destinado al servicio militar ha de ser un caballo de gran alzada, de mucho pecho y tardo en sus movimientos, error del que se va desprendiendo el siglo actual, como lo ha hecho del que dotaba á los soldados de grandes morriones de pelos y luengas barbas postizas para infundir terror al enemigo. No hay mas que fijarse un momento en la clase de caballos que usan los árabes, especialmente los beduinos, esas tribus nómadas del desierto, que han hecho un culto del caballo; ó en esos valientes y arriesgados hijos de la Tartaria, en los cosacos y en los húngaros, que son los mejores ginetes del universo, en union con los mejicanos, para comprender de seguida que el caballo ha de ser pequeño, de cuatro ó cinco dedos de alzada á lo sumo, ligero y ágil, que pueda revolverse con facilidad; de anchos pulmones y cabos finos y nerviosos; y esto solo puede producirlo en Europa la cruce incesante de una raza con otra, y nada mas á propósito para este fin que las carreras de caballos.

Respecto á las carreras de trote, en nuestra ciudad se han ensayado ya; y respecto á la de caballos para tiro, en Inglaterra y en los Estados Unidos hace tiempo que se verifican con un carruaje inventado por los irlandeses y llamado *boggy*.

Para el que no vea en este ejercicio hípico mas que una fiesta, sin otro interés que el atravesar apuestas de mas ó menos consideracion, las carreras de caballos son inútiles; pero para los que vemos á Inglaterra, que ha sabido por medio de su diversion favorita, crearse una raza especial, la cual aplica á todos los usos de la vida en que tiene relacion el noble bruto, para nosotros en fin, las carreras comienzan á ser la regeneracion de la cría caballar.

Los toros que desecha en la tiente un ganadero afamado, no van al matadero, sino que van á la agricultura, donde son mil veces mas útiles que los bueyes cuneros, puesto que por el mismo cuido con que han sido criados, tienen que valer mucho mas, haciendo ellos solo mas faena que una yunta de los otros. Lo mismo puede decirse de los caballos de carreras: el día que todos los caballos se destinen á ese fin, á los que por sus condiciones especiales no sirvan para el caso, se les dedicará á otros servicios, en los cuales serán mas útiles que un caballo desconocido; sin perjuicio de seguir criando potros españoles pura sangre, para los que quieran lucirlos en los paseos, marchando al castellano y *haciendo piernas*, que es para lo que sirven únicamente.

No creo necesario estenderme mas para demostrar á V. que no ha sabido apreciar en todo su valor lo que son las carreras de caballos. Deje V. que tomen estension y alcancen en la Península toda la popularidad que necesitan, y entónces verá V. como son útiles y como sirven para algo; y sobre todo, no olvide V. que esos jóvenes á quienes ve V. embolsarse una cantidad respetable, tienen á su vez que sacar muchos miles de reales para sostener esas costosas cuadras, pues un caballo de carrera cuesta mucho mas que dos hijas casaderas, máxime cuando estas son bastante *cursilistas*.

Y no cansándolo mas, me repito suyo affmo. y s. s.

NINO.

## ¡TRECE!

El 19 de Marzo del año pasado, día de San José, tuvo Pepe Gomez la humorada de convidar á comer en el *restaurant* de Fornos á varios amigos, todos solteros. Todos aceptamos, y á las siete en punto de la tarde nos sentábamos á la mesa.

Uno tuvo el mal gusto de contarnos: éramos trece!

Número funesto. No faltó quien propusiera levantarnos de la mesa, pero el preopinante fué silvado. Otro dijo que debia buscarse á un amigo: otro que se sentara el camarero. Pero no hubo medio: la comida se enfriaba, todos teníamos hambre, y los meticulosos y los agoreros tuvieron que plegar bandera, y seguir comiendo, só pena de tener que pagar una docena de botellas de Champagne.

Pasó un año, y cuando Pepe Gomez nos reunió en igual día y con igual motivo en el mismo *restaurant* de Fornos, se habló de la ocurrencia del año pasado y se echó de menos á Carlos Huertas.

—Uno falta, exclamó el mas agorero de todos.

—No os lo decia yo, uno falta: Carlos Huertas ha muerto. Pobre joven!

—No ha muerto, dijo el anfitrión. Si Carlos no ha venido, es porque se ha casado.

—Mas en mi abono, dijo el agorero: cuanto mas le valiera haber muerto.

PEPIN.



## MI TOCAYA

No son mas bellas las flores  
que los campos engalanan  
y al beso de blanda brisa  
son la espresion de la gracia;  
ni es tan bello el arroyuelo  
cuyas juguetonas aguas  
entre juncos se deslizan  
sobre lecho de pizarra;  
ni el alado trovador  
que oculto entre espesas ramas  
entona con dulces trinos  
sus campesinas baladas;  
ni es tan bello el horizonte  
cuando al despuntar el alba  
las rojas y pardas nubes  
le abren paso á la mañana;  
ni el errante cefirillo  
que gime en noche callada,  
ni el murmurio de la fuente,  
ni el susurro de las áuras,  
ni la nevada colina,  
ni el mar de verde esmeralda,  
ni el azul del firmamento,  
ni sus estrellas de plata,  
ni la blanca y ténue luna,  
ni el sol que la tierra baña,  
ni la matizada aurora,  
ni la luz de la alborada,  
cual bella y graciosa es  
mi encantadora tocaya.

UN INTRUSO.

## MODAS

### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

#### TOILETTE DE RECEPCION

Traje de faya «pan tostado claro» y granadina brochada de color granate-algarroba.—Falda de faya con cola, rodeada de un volante plegado por delante y tres volantes fruncidos por detrás —Polonesa de granadina: el cuerpo va doblado de faya. La espalda no tiene mas que tres costuras: una en medio y dos á los lados.—Escote cuadrado, continuando la abertura de en medio hasta mas abajo de la cintura. Un encage blanco *ruché* borda el escote y la abertura del traje, y vá velado por un encage negro, *ruché* tambien, adherido esteriormente al traje. Un volante de encage negro, pegado lisamente á la tela, encuadra los dos encages *ruchés*. Un gran lazo de cintas de satén color oro antiguo y granate, termina la abertura del traje. El bajo de la polonesa está guarnecido de franjas con glanda (bellotitas ó borlitas) de colores adecuados. El traje va drapeado en los costados y ceñido bajo una gran parte bufante por detrás.—La manga va guarnecida de encages, como el cuerpo del vestido, con un lazo de cintas hácia el codo. Largos guantes de malla.—

Collar de oro al cuello con cruz del mismo metal.—Zapatos de raso granate-algarroba y media de hilo ó seda, blanca.

Precio del patron *epingle*, 40 rs.

GOUBAUD &amp; FILS.

Paris 12 de Setiembre, 1878.

## PROVERBIO

La elegante condesa de A... es tan conocida en Madrid por su gracejo como por las espléndidas reuniones con que obsequia á sus amigos.

En una de estas, y cuando solo quedaban los íntimos, se *armó* una partida de tresillo, y la condesa, que no estaba de *vena* aquella noche, perdía ya una suma considerable en *apuestas* y *codillos*, cuando apareció su marido.

Entonces la condesa, que fué la primera que lo vió, exclama:

—Tiene razon el adagio:—«Bien vengas mal, si vienes solo».

PEPIN.

## PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

ADELA.

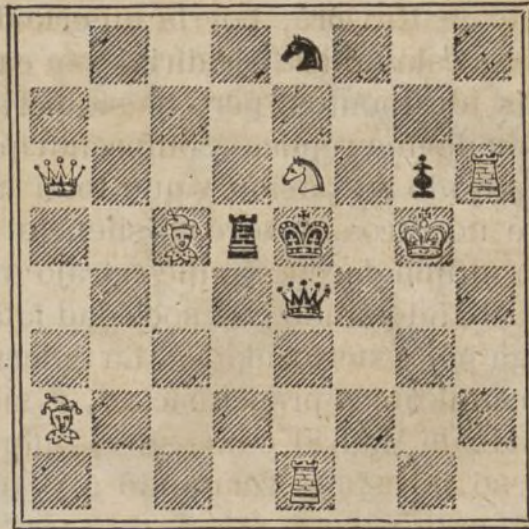
## AJEDRÉZ

### Problema número 8.

Por Mr. Charles A. Gilberg, de Brooklyn.

Primer premio en el torneo del DANBURY NEWS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

### SOLUCIONES

Al problema número 7.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-A 1 D

1-C toma C

2-A 3 A jaque.

2-R toma A

3-D 2 C mate.



## AUREA

NOVELA POR C.

(Continuacion)

## XIII

No cansaré á V. con un largo relato de mi desgracia, me dijo la madre de Aurea sollozando. Baste decir á V. que aun no contaba un año mi hija cuando supe que Fernando se casaba, impulsado por sus padres, con una jóven de su alcurnia, la cual le llevaba un cuantioso dote y un título mas de nobleza.

Mi desesperacion fué inmensa al verme abandonada de una manera tan inícuo, y sin aquella inocente niña, que bajo tan malos auspicios venía al mundo, hubiera puesto fin de una vez á mi vida y á mis pesares: pero tenía un deber sagrado que cumplir, y supe apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

Incapaz de engañar al mundo, acepté con heroísmo la situacion que se me presentaba, y dediqué mi vida á los dos únicos seres que amaba en la tierra: mi hija y mi tia. Me aislé mas y mas de la sociedad, y a medida que iba creciendo mi Aurea, la fui educando siempre á mi lado, con todo el cariñoso esmero de una madre amante.

Poco tiempo despues murió mi tia, pero con la experiencia que da el sufrimiento, he sabido conllevar mi existencia sin necesitar de nadie, aunque con la pena desgarradora de ver á mi hija presa de tan terrible enfermedad, la que adquirió indudablemente en su niñez, debido á tantos sinsabores como sufrió su desgraciada madre.

Diez y ocho años han pasado desde entónces, y en el trascurso de este tiempo quedó viudo Fernando, ya conde de Ruviera, por la muerte de sus padres; al saber esta noticia, le dirigí una carta recordándole sus juramentos, pero ni siquiera le merecí la atencion de una réplica. Comprendí que el tiempo habia enfriado su pasion y que todo habia concluido entre nosotros: devoré en silencio mis lágrimas, y esta última decepcion me retrajo mas y mas del mundo, abandonando una sociedad falaz, en que solo se juzga por exterioridades. La enfermedad de mi Aurea es mi única preocupacion, y sin ella, no hubiera salido de Madrid, como sin el intenso cariño que la profeso no estaria relatando á V. mi historia en este momento.

## XIV

Pero cuando lo creia concluido todo y solo pensaba en el bienestar de mi hija, recibo una carta, que he de leer á V. en demanda de consejo, y para que tenga exacto conocimiento de las vicisitudes á que está expuesta la existencia de la familia á quien trata de unirse.

Y así diciendo sacó un papel del bolsillo, el cual leí, y decia así:

Sra. D.<sup>a</sup> Matilde Brunt.

Muy distinguida Sra. mia: fuertemente impresionado todavia por la sensible pérdida que hemos experimentado con la muerte de mi hermano, acaecida pocos dias despues, me dirijo á V. para participarle su última voluntad.

Momentos antes de morir me impuso Fernando en toda la historia de sus amores, que yo ignoraba por completo, haciéndome prometerle que yo cuidaría de ustedes, y repararía en parte el mal causado por él. Yo, deseando cumplir tan sagrada promesa, me atrevo á suplicar á V. abandone el retiro en que vive, y se venga á Madrid, á ocupar la posicion que le corresponde por su fortuna y su posicion. Mi hermano, que como V. sabe, no tenia sucesion, ha reconocido á Aurea como hija suya, y de hoy mas puede llevar su nombre y título.

Espero que se servirá V. acceder á mis ruegos, dando de este modo una prueba de que sabe olvidar ante una tumba, todos los justos resentimientos que haya podido tener, y me ofrezco su cariñoso hermano q. b. s. p.

CÁRLOS MANUEL DE LLURA,  
Conde del Pleso.

## XV

Cuando concluí de leer esta carta, se la devolví en silencio á Matilde.

—Y bien? me dijo ésta llena de ansiedad.

—Y bien, señora, le repliqué; si V. desea saber mi opinion franca y sincera en este asunto, y aconsejarle la conducta que ha de seguir, por mucho trabajo que me cueste, le diré que usted debe acceder á la súplica de ese señor, tanto por atencion á la memoria del finado, cuanto porque Aurea necesita de un nombre, y V. no puede privarla del que se le ofrece.

Mucho sentiré que pueda V. juzgar interesada esta conducta, pues solo me he inspirado en mi conciencia para hablarle como lo he hecho.

—Sí, Eduardo, lo creo á V. porque las almas nobles se conocen y se comprenden, y acepto sus consejos. Pero me asalta un escrúpulo, y es que no quiero que por nadie pueda creerse que yo ambiciono esa fortuna y ese nombre por egoismo maternal, y que viéndome pospuesta por el Conde de Ruviera durante su vida, acepto ahora el puesto con que se me brinda despues de su muerte, pues no faltará quien juzgue que esto no es una justificacion hecha á mi honor, sino una limosna que se me otorga.

—Rechace V. lejos de sí esa idea, repuse. A V. le consta que no es esa la intencion del conde, y mucho menos cuando Fernando, antes de morir, ha levantado un acta por la cual reconoce á Aurea como hija suya.

—Tiene usted razon, amigo mio; debo aceptar y acepto, aun cuando solo fuera por mi Aurea. Partiremos en breve para Madrid, á donde espero que usted nos acompañará.

(Continuará)